

España, entre Europa y América: un ensayo interpretativo

Florentino Portero
UNED

Introducción

La sociedad española ha vivido durante el último año un intenso debate a raíz del conflicto iraquí. Como ya ocurriera hace veinte años, cuando sucesivos gobiernos plantearon el ingreso y el tipo de acomodo que deberíamos tener en la Alianza Atlántica, del problema concreto se derivó pronto al papel que Europa debía asumir en la escena internacional y a sus relaciones con Estados Unidos. Como en anteriores ocasiones, el resultado ha sido una fractura social, una profunda división que pone en evidencia la dificultad de dotar a España de una base firme sobre la que sustentar una política exterior.

El debate no es baladí. Por su intensidad no tiene parangón en la historia política nacional desde la muerte del general Franco, con la salvedad del dedicado a la OTAN, que en realidad es el mismo. Quizás, por considerarse un tema que no afecta a la estabilidad del sistema, se utiliza como catalizador de tensiones ideológicas latentes sobre la evolución del sistema político español, en clave más liberal -posición pronorteamericana- o más intervencionista -posición antinorteamericana-.

Si en los artículos anteriores se ha hecho una exposición ordenada y clásicamente histórica de los grandes apartados de lo que ha sido la historia de la política exterior española durante el siglo xx, en este último texto el objetivo es distinto: se trata de un ensayo interpretativo sobre la compleja relación entre los dos grandes polos de

nuestra diplomacia, Estados Unidos y Europa, con ánimo de plantear hipótesis de trabajo que nos permitan avanzar en el conocimiento de uno de los temas más significativos de nuestra sociedad y que, sin lugar a dudas, va a caracterizar el futuro inmediato.

La crisis del 98 y el replanteamiento de la cuestión europea

El siglo XIX español fue el marco en el que se produjo el hundimiento del imperio colonial español. Primero, la gran oleada consecuencia de la falta de poder real por efecto de las guerras napoleónicas. Después, el choque de intereses con Estados Unidos, la potencia emergente, que se resolverá con la pérdida de los últimos enclaves en el Caribe y el Pacífico. A estos hechos hay que sumar, para una mayor comprensión de lo que fueron los fundamentos de nuestra acción exterior, el sentido de fracaso colectivo consecuencia de la dificultad de dar estabilidad a un sistema político liberal y del atraso científico y económico.

«El *pesimismo* constituye, pues, el más profundo hecho de psicología colectiva desde el cual cabe explicar el comportamiento exterior de España en el último cuarto de siglo».

«Pero si colocamos a España en el plano de la política mundial, el pesimismo aparecerá plenamente justificado en razón de las dificultades que acumula una época en la cual España deviene, en relación con el nuevo poder de las grandes potencias del momento, más "pequeña potencia" que lo fuera a mediados de siglo»¹.

El «recogimiento» canovista fue la expresión estratégica de un estado de ánimo nacional y de una valoración de las capacidades de que se disponía. España evitaba compromisos para no verse arrastrada a conflictos ajenos a su interés y que sólo podían perturbar el proceso de modernización en curso. La estrategia respondía bien a la evaluación de los intereses metropolitanos, pero entraba en colisión con los ultramarinos. Tanto en Cuba como en las Islas Filipinas se habían desarrollado importantes movimientos independentistas, origen de sucesivas y agotadoras guerras para la economía nacional.

¹ JOVER ZAMORA, J. M.: *España en la política internacional. Siglos XVIII-XX*, Madrid, Marcial Pans, 1999, p. 156.

Sin el apoyo de la sociedad local, con una defensa precaria y sin unas fuerzas armadas capaces de generar una disuasión creíble, aquellos territorios eran una oportunidad para el naciente expansionismo norteamericano, en el tránsito entre la plena ocupación del territorio nacional y el ejercicio de su influencia sobre el *back yard* latinoamericano. Sin aliados, sin contar con el apoyo de otras potencias europeas, España no estaba en condiciones de defender sus posesiones ultramarinas. En esas circunstancias las opciones se reducían a la búsqueda de un entendimiento con los dirigentes nacionalistas, que podía abocar al reconocimiento de la independencia y, por lo tanto, al choque de intereses con los españoles allí afincados, o la espera senequista y desesperanzada del desarrollo de los acontecimientos. No hubo en la clase dirigente española de la época ni irresponsabilidad ni ignorancia, tanto en lo que respecta a la estrategia general como al planteamiento bélico del 98. Sabían hacia donde iban en ambos casos y lo vivieron desde la lealtad a la monarquía y al sistema político, convencidos de que los márgenes de maniobra reales no les permitían otras opciones².

La crisis del 98 dio paso a un fuerte debate nacional sobre la necesidad de «regenerar» España. No es éste el lugar para analizar el tema, pero sí para tratar del redescubrimiento de Europa. La unión de reinos que acabó dando forma a España se produjo en un contexto donde el continente europeo resultaba poco atractivo mientras que los mares abiertos y las tierras del más allá se asociaban a oportunidades y prosperidad. El resultado imprevisto de la política matrimonial de los Reyes Católicos vinculó el destino de la monarquía hispánica con los intereses imperiales de la casa de Habsburgo. Hubo, pues, una subordinación del proyecto original al continental impuesto por el Imperio. Tras la paz de Utrecht, la casa de Barbón realizó una rectificación de nuestra acción exterior mucho más acorde con nuestros intereses específicos y en línea con lo que había sido nuestra primera política común a fines del siglo xv,

«[...] la limitación de sus compromisos internacionales a objetivos específicamente españoles, tanto en Europa como en las Indias, sin abrumadoras

² Para una revisión crítica del «recogimiento» canovista, *vid.* EUZALDE, M.a D.: «Política exterior y política colonial de Antonio Cánovas. Dos aspectos de una misma cuestión», en TUSELL, J., y PORTERO, F. (eds.): *Antonio Cánovas y el sistema político de la Restauración*, Madrid, Biblioteca Nueva-Congreso de los Diputados, 1998, pp. 233-288.

cargas continentales cuya grandeza moral no se discute, pero cuyas repercusiones sobre los destinos de la joven España alumbrada por los Reyes Católicos no puede ser calificada históricamente de positiva»³.

La experiencia imperial agotó los recursos nacionales, nos privó de realizar un proyecto hispánico de política exterior y generó en la conciencia colectiva la idea de que el continente es un espacio político caótico, en el que las guerras se suceden y donde sólo se puede obtener gloria militar, un activo intangible de elevado coste en sufrimiento y en recursos económicos. Esta percepción no ha sido exclusiva de la sociedad española. Tanto en el Reino Unido como en Estados Unidos esta imagen ha estado muy presente y, sin lugar a dudas, ha condicionado su política en momentos distintos. Durante el siglo XIX, los españoles tuvieron que hacerse a la idea de que ya nunca más dispondrían de un imperio colonial. Más aún, tuvieron que enfrentarse a la realidad de que habían perdido el tren del «progreso», de un proceso de modernización económica y social que se había afianzado en algunos países europeos. Durante la segunda mitad del siglo la reacción se hizo evidente entre nosotros y Europa comenzó a ser un objetivo en sí mismo, como el hogar de las nuevas ideas filosóficas, de las nuevas tecnologías, de la emergencia de clases medias educadas y de urbes correctamente organizadas dotadas de servicios modernos. Para aprender era necesario viajar y pasar largas temporadas en Alemania, Francia o Gran Bretaña. Nuestros filósofos, literatos o pintores se incardinaron en las nuevas corrientes como una expresión más de la creatividad europea de la época. En el plano económico, como ha indicado Jordi Palafox en su aportación a este número, tanto el desarrollo industrial como el comercio exterior fueron creciendo de forma constante y siempre en dirección a una mayor interrelación con los mercados internacionales.

La crisis del 98 se resuelve, tanto en clave liberal como socialista, con una reivindicación de la europeización de España. La obra política de la Restauración había resuelto graves problemas del período isabelino, pero a costa de crear otros nuevos, que abocaban a España hacia la perduración del caciquismo y el atraso. La apertura fue mayor en adelante y España continuó su aproximación a Europa. En el terreno diplomático, el interés británico en evitar que Francia pudiera controlar el Estrecho de Gibraltar dio paso a unos acuerdos entre

3 JOVER ZAMORA, J. M.: *España en la política...*, op. cit.) pp. 89 Y90.

los tres Estados que permitieron a España disponer de un Protectorado en Marruecos. Aunque la iniciativa no fue nacional y se nos utilizó como mero tapón para contener el colonialismo francés en un área esencial para los intereses estratégicos británicos, llegó en el momento oportuno para devolver cierta confianza a los españoles sobre su papel en Europa y en un territorio reivindicado desde hacía décadas. España había entrado en un acuerdo europeo, había ganado influencia en el Estrecho, pero seguía de espaldas a los asuntos continentales. La prueba de fuego llegó con la Primera Guerra Mundial. Cada uno de los bandos tenía un marcado sesgo ideológico y la opinión pública española tomó pronto partido, no tanto por las razones que esgrimían como por proximidad política. Fue un momento importante para España, una oportunidad para decantarse en la siempre compleja escena europea, y lo hizo de la forma más tradicional, manteniéndose al margen. Los defensores de ambas posiciones en el Congreso coincidían en que el interés nacional estaba en mantenerse al margen, proteger nuestros recursos y concentrar la atención en el Estrecho, el ámbito estratégico prioritario. La tradición continuaba pesando. En términos diplomáticos, el continente continuaba siendo percibido como una fuente de problemas, mientras que «la noción de la península como un mundo aparte»⁴, en la ya clásica expresión de José María Jover, seguía vigente. Europa era atractiva como modelo de modernización, pero su sistema de relaciones interestatales era un pantano a evitar.

Los primeros años del siglo xx fueron también los del reencuentro con América. La emigración y el mutuo interés cultural entre ambas orillas del Atlántico acercaron a pensadores y literatos, generando lazos que permitieron un mayor conocimiento. En España empezaron a desarrollarse teorías sobre la comunidad cultural, unas en clave antiliberal y católica, otras en sintonía con un liberalismo europeísta y modernizador. El Ministerio de Asuntos Exteriores aumentó el número de embajadas y consulados y las relaciones de todo tipo se fueron normalizando. Desde entonces hasta hoy, tanto la diplomacia como el pensamiento español han reconocido siempre que Hispanoamérica es una parte esencial de lo español, aunque las políticas han carecido de la coherencia y continuidad que hubieran sido deseables. Con este redescubrimiento de su faceta americana, España

4 JOVER ZAFIORA, J. M.: *España en la política...*, op. cit., p. 229.

recuperaba su dimensión atlántica, elemento esencial de su propia identidad desde el siglo XVI.

Mientras tanto, las corrientes más europeístas ganaban audiencia entre las clases emergentes. La labor realizada por los precursores durante el último tercio del siglo XIX fue extensamente desarrollada por las generaciones posteriores. La universidad española, otrora símbolo de atraso, se convertía en un polo atractivo de irradiación del conocimiento, era reconocida fuera de nuestras fronteras y estrechaba sus vínculos con sus equivalentes europeas y, cada vez más, norteamericanas. En el ámbito artístico la presencia de españoles en los países vecinos se fue haciendo más y más común, de la misma forma que nuestra economía continuaba creciendo e internacionalizándose.

La II República dio a nuestros liberales más radicales y a los socialistas la oportunidad de participar en el primer ensayo europeo de multilateralismo, de gobierno de los asuntos internacionales a través de unas reglas comúnmente aceptadas por los Estados en un organismo internacional. Era la culminación de muchas aspiraciones alimentadas durante décadas de pensamiento utópico. La experiencia puso en evidencia hasta qué punto el prestigio y la autoridad de la Sociedad de Naciones dependía de la disposición de los Estados a hacer valer sus resoluciones mediante el uso de la fuerza. Se impusieron las «estrategias de pacificación» que tuvieron el efecto contrario al buscado: no sólo no calmaron a los violadores, sino que con su pasividad les animaron a perseverar en sus acciones, contrarias al sentir general.

Europa era modernidad, pero la modernidad también eran las nuevas corrientes totalitarias. Nuestros pensadores fueron haciéndose eco de los primeros publicistas antiliberales de nueva hornada, exaltadores de la violencia y de la nación, o de la lucha de clases y la dictadura del proletariado. La Europa continental daba por superada la etapa liberal y trataba de resolver sus problemas de convivencia mediante un Estado poderoso y opresor. Mientras Maura fracasaba en su intento de transformar el viejo Partido Conservador de Cánovas en una organización de masas y el Partido Liberal se descomponía en un conjunto de grupos caciquiles, el conservadurismo autoritario y el socialismo revolucionario calaban en nuestra sociedad. El fracaso de la II República y la guerra civil dieron a estas corrientes la oportunidad de desarrollarse y tratar de transformar el país.

El giro estratégico

Desde la Paz de Utrecht hasta la Segunda Guerra Mundial la diplomacia española había rehuido conscientemente compromisos continentales y había intentado concentrarse, en función de sus mayores o menores capacidades, en la defensa de intereses exclusivamente nacionales. El régimen de Franco acabó con esa tradición al dar un giro radical a la política exterior española. No en vano el Nuevo Estado quería romper con la España decadente de la Ilustración y el liberalismo, de judíos y masones, erigiendo una nueva sociedad sobre otros principios. Las corrientes fascistas ofrecían al general Franco el marco para realizar la amalgama de la añoranza imperial y el catolicismo tradicional con una nueva teoría del caudillaje que le permitiría dar forma a un régimen autoritario. La Nueva España quería ocupar un papel relevante en la emergente sociedad internacional, que resultaría del triunfo del Eje sobre las potencias democráticas, y para ello ideó un cambio radical en nuestros objetivos exteriores centrado en tres áreas:

- *Continental.* España abandonó el estatuto de neutralidad para acogerse al de no beligerancia y, en octubre de 1940, firmó el protocolo de adhesión al Pacto Tripartito por el que se incorporaba al Eje. Quedaba por decidir la fecha más apropiada para realizar la toma de Gibraltar, primer acto de la entrada en guerra. Tras la victoria, España pasaría a formar parte del directorio europeo.

- *Americana.* A través del Consejo de la Hispanidad y de la propia Falange, el gobierno de Franco pensaba recuperar la influencia de España en sus antiguas colonias americanas, divulgando la nueva ideología y reduciendo la influencia liberal de Estados Unidos. Se trataba de establecer un tutelaje ideológico y cultural sobre el mundo de habla hispana.

- *Africana.* Franco aspiraba a lograr de Hitler buena parte del imperio colonial francés en África a cambio del ingreso en la guerra. Con tamaña adquisición España se convertiría en una potencia colonial, satisfaciendo las aspiraciones de un sector del Ejército y aumentando su influencia diplomática.

Si la política exterior de Carlos **III** fue el resultado de una administración formada por personas de indudable capacidad y de una

evaluación racional sobre cuáles eran los intereses de España, de qué medios se disponía y, por lo tanto, a qué se podía aspirar, la diplomacia de Franco fue la conclusión de la inexperiencia, el voluntarismo y el exceso de ideología. Ni Hitler tenía interés en que España entrara en la guerra con sus menguadas fuerzas, ni estaba dispuesto a regalar el imperio francés a cambio de nada, ni el gobierno tenía capacidad para influir en América Latina. Para cuando Hitler sintió necesidad de contar con la ayuda de España, la guerra había cambiado de signo y el régimen hubiera asumido demasiados riesgos en caso de ceder. Aunque mal fundada, aquella política vinculó a España a la política continental de forma definitiva. El «recogimiento» quedaba atrás para siempre.

Hitler perdió la guerra y con él sus aliados. La *Pax Americana* impuso la democracia en los territorios liberados y los otrora vencidos de la definitiva decadencia del liberalismo pasaron a engrosar las filas de las nuevas fuerzas parlamentarias. Europa se unía para resolver con mayor eficacia los retos de la reconstrucción económica, pero también para contener la amenaza soviética. Necesitada de cohesión, centraba su discurso político en principios positivos, evitando caer en el mero anticomunismo. La España de Franco aparecía como el último resto del Eje, un Estado incompatible con las nuevas instituciones continentales y, por lo tanto, aislado. Una vez más la tradición ilustrada y liberal, responsable de la decadencia nacional para los ideólogos del régimen, se hacía fuerte en Europa.

El régimen maniobró en busca de asideros internacionales y al final los encontró gracias a la Guerra Fría. No sin esfuerzo, la diplomacia española logró establecer un puente con el gobierno norteamericano, que a la postre consolidaría su situación internacional. La Guerra de Corea parecía el preámbulo de una Tercera Guerra Mundial. El Pentágono necesitaba puntos de apoyo desde los que proyectar su fuerza y España reunía condiciones idóneas tanto para la Fuerza Aérea como para la Armada. Con el tiempo, el *lobby* profranquista fue minando las resistencias de la administración demócrata de Harry Truman y se produjo el cambio ansiado. Los acuerdos de 1953 supusieron un limitado reconocimiento norteamericano del régimen de Franco, pero, sobre todo, consolidaron el giro dado en 1940 con la firma del protocolo de adhesión al Pacto Tripartito. España se comprometía con la seguridad continental a través de un vínculo con una de las dos superpotencias. Franco había jugado

a convertir España en una potencia europea con el triste resultado de ser rechazado por sus vecinos y tener que colaborar en el dispositivo de seguridad occidental por la puerta trasera y sin presencia en el Consejo Atlántico.

Esta nueva relación con Estados Unidos planteaba graves problemas a ambas partes. Desde el punto de vista español, que es el que nos ocupa, conviene destacar tres planos distintos:

— Estados Unidos era, junto con el Reino Unido, el máximo exponente de la democracia liberal. La propaganda franquista lo había criticado y despreciado durísimamente como ejemplo de un mundo decrepito. El fin de los regímenes fascistas en Europa era el resultado de su acción militar y las mayores dificultades que sufrió el régimen durante el período 1944-1947 tuvieron su origen en la diplomacia de Washington, más dispuesta que la británica a asumir riesgos para forzar un cambio de gobierno. La búsqueda del apoyo norteamericano supuso para el régimen de Franco una grave humillación además de pérdida de legitimidad.

— El vínculo que se estableció tuvo un contenido básicamente militar. Estados Unidos se negó a firmar un tratado con un régimen como el de Franco. Pero la amenaza soviética exigía medidas extraordinarias y entre ellas estuvieron los acuerdos. Esta relación bilateral no era comparable a la establecida con otros gobiernos europeos y siempre estuvo orientada a lograr en el futuro la plena «normalización», es decir, la transición a la democracia y el ingreso en la Alianza Atlántica.

— Hispanoamérica era ya un ámbito irrenunciable para la diplomacia española, pero su contenido tenía que ser revisado desde la aceptación de una humillante derrota. España tenía que renunciar a difundir idearios fascistas y a rivalizar con Estados Unidos; todo lo más podría defender un concepto de la Hispanidad católico y reaCCIONano.

Para la opinión pública española, que había ido logrando un mayor nivel económico y cultural, las Comunidades Europeas y Estados Unidos fueron adoptando imágenes propias, resultado de su propia historia. La primera se convirtió en el modelo de convivencia democrática, prosperidad económica y justicia social. Por el contrario, Estados Unidos se fue transformando con el tiempo en la potencia hegemónica dispuesta a amparar dictaduras con tal de satisfacer sus ansias

imperiales. De nada valía que hubiera sido Estados Unidos quien hubiera tratado de desplazar a Franco o que hubiese sido la responsable de que en Europa se hubiera restablecido la democracia e iniciado un proceso de unidad. El apoyo a Franco, a dictaduras latinoamericanas y guerras como la de Vietnam dañaron seriamente el prestigio de la diplomacia norteamericana, aunque no así de su sociedad. España se desarrolló admirando el *american way of life* pero prefiriendo en última instancia el intervencionismo estatal. Se apreciaban los resultados del liberalismo, pero se evitan sus riesgos. La «sociedad del bienestar» ensayada en el Reino Unido, Francia o Alemania resultaba mucho más atractiva para una sociedad educada, ya fuese por la Iglesia católica o por las escuelas marxistas, en la deslegitimación de la filosofía liberal.

La transición a la democracia y la normalización de nuestras relaciones internacionales

Desde un primer momento la política exterior tuvo un papel relevante en la transición política. De una parte, la corona y los políticos reformistas necesitaban convencer a las potencias europeas y a Estados Unidos de sus propósitos para lograr su apoyo. Por otra, tenían que mostrar a la opinión pública que el proceso político era una realidad y que contaba con aval internacional. Tanto Estados Unidos como los Estados europeos se prestaron a respaldar el afianzamiento de la monarquía democrática en España, un logro que sólo podía traerles beneficios. Los gobiernos de Suárez tuvieron que hacer frente a una revisión en profundidad de nuestra acción exterior para superar el aislamiento internacional y normalizar las relaciones. Fue entonces cuando más evidentes se hicieron las diferencias entre las dos escuelas de pensamiento internacional, la nacionalista y la liberal, presentes tanto entre los conservadores como entre los socialistas. Para los nacionalistas, España debía evitar alinearse en uno de los dos grandes bloques y profundizar su presencia en América Latina y el mundo árabe. La escuela liberal, por el contrario, demandaba la incorporación a Europa y un claro alineamiento a favor del bloque occidental para afianzar la democracia y el desarrollo económico. La política europea resolvió el dilema y actuó como clave de la política exterior española en su conjunto durante estos años.

A diferencia de lo que había ocurrido durante siglos, la Europa continental había dejado de ser considerada por los españoles como un problema para ser percibida como una solución. El proceso de unidad europea había acabado con la sucesión de guerras y rivalidades que habían caracterizado la política continental durante siglos y que, en tiempos, habían agotado los recursos españoles. De la misma forma que les había ocurrido a otros países europeos en momentos distintos, para España la nueva Europa representaba un modelo de convivencia política y de integración social. Las estables democracias levantadas tras la Segunda Guerra Mundial y los sistemas de bienestar desarrollados desde entonces eran el marco del que se aspiraba a formar parte. No era, por tanto, una expresión sincera de fervor europeísta, sino una apuesta interesada para superar un período histórico que producía vergüenza y humillación e incorporarse a un proceso asentado de modernización. De nuevo España era el problema y Europa la solución y en esto coincidían nacionalistas y liberales, todos estaban de acuerdo en que el objetivo prioritario de la política exterior española era el ingreso en las Comunidades Europeas.

El otro gran tema para la diplomacia española fue la normalización de las relaciones con Estados Unidos, que hasta entonces había sido causa constante de humillación. Los «Acuerdos Ejecutivos» fueron transformados en un Tratado con vocación de tránsito. Desde 1953 España formaba parte del dispositivo estratégico occidental, al estar las bases de utilización conjunta bajo la autoridad del comandante norteamericano para Europa. El mantenimiento de las bases sin estar España dentro de la Alianza era una anomalía que convenía solucionar pronto, cuando las circunstancias políticas nacionales lo hicieran aconsejable.

La acción exterior de una sociedad dividida

La compleja agenda política de la transición pospuso una mayor definición de la política exterior española hasta que la necesaria renovación del vínculo con Estados Unidos lo hizo inevitable. El gobierno norteamericano no estaba interesado en su renovación, porque era un instrumento diseñado con un fin transitorio: salvar los años de la transición. Para ellos la relación bilateral tenía que ser un derivado

de una relación multilateral, la propia de la Alianza Atlántica. Si las bases de utilización conjunta eran de hecho parte operativa del dispositivo de la Alianza, lo lógico era que España se incorporara a esta organización. Para el gobierno español ésta era también la opción más apropiada. Las bases eran el resto de una relación desigual y humillante. La garantía de mutua defensa que España había demandado durante décadas se encontraba en el artículo 5 del Tratado de Washington; la Alianza era el fundamento del sistema de seguridad europeo y formar parte de ella aportaría a la diplomacia española una mayor presencia e influencia internacional. Pero la Alianza era mucho más. Para una parte de la ciudadanía europea y española representaba el instrumento fundamental de la hegemonía norteamericana en el viejo continente, de una política de bloques que dificultaba un entendimiento con la Unión Soviética. Desde esta posición, característica de las fuerzas políticas de izquierda, España debía mantenerse fuera de la Alianza y, en general, tratar de evitar verse arrastrada hacia políticas propias del interés imperial norteamericano. También desde las filas conservadoras se observaba con preocupación la opción atlantista encabezada por Calvo-Sotelo. La escuela nacionalista consideraba que los intereses de España en el exterior chocaban en muchos casos con los de Estados Unidos. Tanto en América Latina, por la defensa del principio de no injerencia en los asuntos internos de un Estado soberano, como en el mundo árabe, por el compromiso con la causa palestina, era mejor mantener una cierta distancia de la potencia hegemónica. Pero ni los críticos de la derecha ni los de la izquierda pudieron dar una respuesta viable al problema de las bases. El Partido Socialista, la mayor fuerza política de la oposición, argumentó a favor de mantener las bases militares de utilización conjunta. Era una opción contradictoria. Después de años denunciando los Acuerdos, por haber supuesto un respaldo a la dictadura de Franco y por ser humillantes sus términos, no se podía proponer su continuación. Más aún si se argumentaba que era la política exterior norteamericana la razón de peso por la que había que rechazar el ingreso en la Alianza. ¿Es que las bases no eran un instrumento de proyección de su poderío en una zona importante del planeta? El Partido Socialista canalizaba un sentimiento de rechazo de una parte del electorado hacia la política de Estados Unidos, pero no era capaz de articular una política coherente alternativa. En su deseo de incorporarse lo antes posible a la Comu-

nidad Europea, trataba de evitar caer en opciones decididamente no alineadas o antimilitaristas. De hecho, y en un ejercicio de política-ficción, dirigentes socialistas afirmaban su disposición a participar en una estructura de defensa colectiva si ésta era europea.

La firmeza de Calvo-Sotelo aceleró el proceso de descomposición de la Unión de Centro Democrático y logró el ingreso en la Alianza. El Partido Socialista hizo de aquella cuestión el tema central de su labor de oposición, animando y beneficiándose de un sentimiento antinorteamericano hasta entonces larvado. Fue el primer gran debate nacional sobre política exterior y se saldó con un país dividido. González no dio satisfacción a sus votantes. España continuó en la Alianza, aunque no en su estructura militar. Se firmaron unos «Acuerdos de Coordinación» para regular el funcionamiento de las Fuerzas Armadas españolas en las operaciones dirigidas por un mando de la OTAN; se firmaron nuevos convenios con Estados Unidos; se ingresó en la Unión Europea Occidental, y se participó en la Guerra del Golfo, siempre en una línea de fidelidad a la política atlántica y a su disuasión nuclear, mientras en el plano retórico se mantenían ciertas distancias para dar satisfacción a los votantes, a quienes se había forzado a resolver un referéndum que debía sacar al Partido Socialista del atolladero en el que se había metido. El antinorteamericanismo había servido para cohesionar a una mayoría y ganar elecciones, pero el gobierno no había sido capaz de desarrollar una política de este signo por considerarla contraria a sus intereses.

Donde el gobierno socialista sí se permitió un desahogo fue en su política latinoamericana, desarrollando una gestión de doble rasero. Lo que para España hubiera sido una política irresponsable, resultaba para aquellas repúblicas apropiado. La amistad con los dirigentes cubanos o sandinistas parecía querer compensar los sacrificios impuestos a su electorado en la cuestión atlántica. Había en aquella política mucho de continuismo con la tradición franquista: una política regional donde lo fundamental era aprovecharse del sentimiento de rechazo hacia la hegemonía norteamericana y una defensa del principio de no intervención en asuntos internos. A ello se sumaba ahora una mayor posibilidad de intervención -España ya no estaba aislada y su transición hacia la democracia era citada como ejemplo- y un gusto por las experiencias revolucionarias o populistas. Sin embargo, con el paso del tiempo las inversiones españolas en la región se fueron haciendo más y más importantes, hasta el punto de con-

vertirse en un aspecto fundamental de nuestra acción exterior. Las serias dificultades económicas por las que ha pasado la región y la defensa de los intereses de las empresas nacionales han llevado a un creciente realismo, en especial desde la llegada del gobierno popular de José María Aznar. La defensa del Estado de Derecho y de economías saneadas se ha convertido en la base doctrinal para la consecución de una Comunidad Hispanoamericana viable, y en este terreno se ha producido, al cabo de décadas de desencuentro, una comunidad de intereses con la diplomacia norteamericana en la región. Un proceso paralelo a otro de enorme importancia para Estados Unidos y para el futuro de la diplomacia española: la consolidación de la comunidad hispana como la primera minoría nacional norteamericana, con casi cuarenta millones de habitantes, cantidad semejante a las poblaciones de Colombia, España o Argentina, aunque sensiblemente inferior a México, con sus más de cien millones de habitantes. La situación y organización de esa población será una preocupación para la política exterior española y Estados Unidos, de forma creciente, tendrá que ser considerado como una república latinoamericana más, aunque además sea otras cosas. Esta coincidencia de intereses en la región con la potencia norteamericana lleva a la realización de actuaciones conjuntas y a la generación de lazos de confianza que permiten a nuestra diplomacia acciones hasta ahora poco habituales, como la intermediación ante Estados Unidos en defensa de intereses de una república amiga. España ya no es sólo el puente entre Iberoamérica y la Unión Europea, también lo es, y cada vez más, entre los Estados al norte y al sur del Río Grande.

La sucesión de crisis balcánicas puso de manifiesto los límites de la Unión Europea y de sus Estados miembros para resolver conflictos continentales. Una vez más hubo que solicitar a Estados Unidos que asumiera la dirección de la acción diplomática y de la campaña militar. Con la llegada del gobierno popular, España puso fin a su peculiar estatuto dentro de la OTAN y se incorporó plenamente a la organización sin que la oposición socialista planteara quejas. El Congreso en su conjunto quería dejar atrás un aspecto poco ejemplar de la política exterior española. Sin embargo, esta apariencia de acuerdo desapareció con la crisis de Iraq. El debate en el Consejo de Seguridad y las hostilidades reabrieron el debate sobre las relaciones con Estados Unidos, que había quedado oculto tras la gestión socialista. El gobierno francés realizó un giro estratégico, en compañía

del debilitado gabinete alemán, al definir que el principal problema para la seguridad europea era el poder hegemónico norteamericano y que la estrategia a seguir debía ser actuar de contrapoder, en compañía de Rusia y China. Aquella propuesta dividió a Europa. Dieciocho gobiernos, dirigidos por el español, dieron a conocer por escrito su rechazo de esa propuesta y su voluntad de mantener un vínculo trasatlántico que representa una comunidad de valores y una garantía de seguridad. En el mejor de los casos la crisis tardará mucho en resolverse. Para los españoles supone un agravamiento de nuestra propia división. Una parte de la ciudadanía apuesta por el proyecto de una Europa continental desgajada de Estados Unidos. Otra parte reivindica la doble tradición -1a española y la comunitaria- de una Europa atlántica. Si en 1982 el antinorteamericanismo permitió al Partido Socialista acabar con la Unión de Centro Democrático y auparse con el triunfo en las elecciones generales, en 2003 el resultado ha sido el contrario: un triunfo popular y una crisis interna socialista.

El cambio de escenario estratégico derivado de la emergencia de nuevas amenazas -como el terrorismo internacional, las armas de destrucción masiva y los Estados fallidos- y la pérdida de relevancia estratégica de Europa, que nunca más será el campo de batalla entre la Unión Soviética y Estados Unidos, producirán en los años venideros tensiones importantes por efecto del reacomodo de las distintas políticas. Hasta la fecha las maniobras antinorteamericanas han tenido una finalidad más política que diplomática y sus efectos han sido limitados. Tanto en España como en otros países europeos ni siquiera las fuerzas más sensibles a estas posiciones han adoptado políticas que pusieran en peligro el vínculo, en el entendimiento de que la Europa unida necesita de una estrecha relación con Estados Unidos. Sin embargo, el giro francés apunta a objetivos mayores.

